



FUNDACIÓN

CARI FILII

---

Segundo premio Letras - Premios Fundación Cari Filii 2012

D Carlos González García

---

Y, AL PIE DE LA CRUZ, MARÍA

- “Desde que la conciencia derribó los muros de mi inmadura niñez, no he despertado un solo día sin experimentar que María es la mujer más bondadosa que ha existido y existirá en esta aventura apodada tan cariñosamente vida”.

Con estas palabras, ayer desarmaba, una a una, bajo la incandescente luz del templo y ante el paternal custodia de mi incansable amigo Manu- mis sentimientos más profundos. Él me escuchaba sin desentonar un solo acorde de aquel momento; atento, apasionado y con los ojos entrecortados por un vidrio entre verdecino y emocionado. El confesionario resistía mis embistes a escasos metros de mis pies y me miraba con la ternura con que sólo una madre sabe consolar. Yo necesitaba desnudarme por dentro, mudar todos esos aperos que me impedían disfrutar del regalo de vivir y revestir la felicidad que me había abandonado siete años atrás. Ahora, con una treintena de primaveras garabateando las huellas de mi camino, quería aprender a sonreír como cuando era niño, volver al amor primero y acariciar con la punta de los dedos la fe que coloreó tantas y tantas tardes de mi infancia. Para ello, había apostado del primero al último de mis propósitos por redescubrir el verdadero rostro de la alegría. Sin embargo, mis nervios se esforzaban en amordazar mis esquemas, a la vez que despedazaban mis impulsos caritativos y se hacían de rogar...

De repente, bajo el abrigo de un templo iluminado por la luz de una custodia y presidido por un madero espinado y en forma de cruz, todos mis argumentos

se apagaron ante la mirada de alguien que, sin decirme nada, estaba deshaciendo todos mis planes y quebrantando del primero al último de mis esquemas.

- “¿Qué llama tanto tu atención?”, advirtió, entre dubitativo e intranquilo, mi amigo Manu. “¿Estás bien?”

Yo, con la mirada intermitente y como aquel que se siente amado hasta el extremo, rasgué en dos las vestiduras de mi alma y, tomando mi corazón con las dos manos para ofrecérselo al que siempre ha estado ahí, desenvainé la fe que hoy -en el remolino de mi existencia- transita tras las huellas de una humilde mujer que marcó para siempre mi sendero...

- “Me emociona enormemente esa imagen hasta el punto de no encontrar palabras que titulen esta escena”, le susurré a mi amigo entre el silencio de un instante que no quería desperdiciar.

Sin querer, estaba observando la imagen de la Virgen que adorna, con un halo especial de encanto, la Iglesia del pueblo que ha visto dar mis primeros pasos. El cuadro guardaba un misterio tan delicado que cualquier pintor hubiese dado hasta el último de sus tesoros mejor guardados por hacer realidad aquella escena tan bonita.

Era María, la Madre de Dios, sujetando entre sus brazos a un niño. El pequeño estaba sonriente y abría sus brazos para envolver a todo aquel que acudiese en su búsqueda. Y, en medio del altar, un nazareno prendido en el árbol de la Cruz: Jesús, crucificado y coronado de espinas. En ese momento, la Pasión de un Cristo que desmontaba mis sentidos impregnó de misericordia una de las confesiones más maravillosas de toda mi vida.

Y, entre el temblor de mis caídas, pensé en María, cuando -hinchida de dolor y entre lágrimas- susurraba “*Hijo mío, ¿cuándo, dónde, cómo...?*” mientras le flagelaban con unas correas de cuero y acero que inscribieron en todo su cuerpo las iniciales del odio, la injusticia y, a la vez, perdón. Y pensé en Jesús, en su espalda, en sus brazos y piernas, en su vientre y en sus muslos, víctimas inocentes de una injusticia desgarradora y sin escrúpulos. Y pensé en los latigazos, en los verdugos y en los cómplices que permitieron que el Hijo de Dios sufriera tal penitencia. Y, sin quererlo, pensé en mí... y sufrí, me sentí indigno, inhumano, desagradecido e infiel.

Sin embargo, entre los ecos de aquella conmovedora confidencia, miraba a María y calmaba mi dolor, redimía mi culpa e insistía en cargar con mi cruz para que no soportase sólo mi pecado. Conmovido, recordé el momento en que María, en medio de la Pasión de Jesús, se acerca a Él y le dice: “Estoy aquí”. Y Él, mirándola a los ojos, le responde: “¿Ves, Madre? Hago nuevas todas las cosas”. Y mientras continuaban castigando a aquel joven Rabí de Galilea, que apenas había tenido fuerzas para cargar con la cruz, Ella confiaba en Dios sin dudar un solo instante. Seguía dilatando ese *sí* incondicional, ese *fiat* definitivo que sólo una madre como Ella era capaz de soportar.

Por instantes, reposaba mi cabeza sobre mis rodillas, volvía los ojos a la realidad que estaba viviendo y pensaba en este presente que nos ata con tanta fuerza. Reflexionaba sobre nosotros, piezas endebles de un tapiz incapaz de comprender el sentido de tanta agonía y sufrimiento... Cualquiera, en esa situación, hubiese arrojado la más grandiosa de las promesas por la borda con tal de evitar un dolor que sobrepasa todo castigo humano. Pero María permaneció ahí, al lado de su Hijo, siguiendo sus pasos, escuchando sus silencios y recorriendo sus huellas. Desde el sosiego y la plegaria de un alma enamorada hasta el extremo, sacrificando su propia vida y entregando -por Aquel que confió en Ella para salvar al mundo- hasta la última gota de su sangre. Vio cómo enterraban los clavos en sus muñecas y cómo desgarraban su cuerpo colocándolo en el madero mientras Él suplicaba al Padre que los perdonase porque no sabían lo que hacían. Pero permaneció allí, a sus pies, mirándolo, como sólo una madre sabe estar; con sus pupilas desgastadas de tanta amargura, viendo cómo quebraban sus piernas, traspasaban su costado y, al tiempo que salían sangre y agua, viéndole morir delante de sus ojos.

“Carne de mi carne, corazón de mi corazón. Hijo mío, déjame morir contigo”, suplicaba una Madre resquebrajada por dentro al que moría por amor... Ella sabía que había llegado su hora y, aun siendo testigo de su agonía y padecimiento, no quería que se fuera de su lado. La humanidad sin límites de una Virgen que, junto al Discípulo Amado, se despedía de su propio hijo. De Aquél que había llevado en su seno, de Aquél que había custodiado durante tantos años y de Aquél que moría en sus brazos perdonando a quienes le arrebataron su existencia.

- “Por todo esto, creo firmemente que María es la mujer más bondadosa que ha existido y existirá en esta aventura apodada tan cariñosamente *vida*”, confesé.

Entre las lágrimas de una absolución teñida de paz por sentirme amado, perdonado y resucitado, terminé la confesión más bonita de toda mi vida. Y allí, en el silencio de la oración, descubrí el abrazo de María de Nazaret: una Madre que nunca se cansa de esperar, que ama, que se entrega, que perdona sin límites y que cambió el mundo abrazando la Cruz del único que, en cada suspiro de nuestra existencia, nos regala eterna y misericordiosamente la vida.